

Colección DIVA

Número 1 - Julio de 1998

Dirección: Silvia Elena Tendlarz (stendlarz@pccp.com-ar)

SABER DEL FEMINISMO

(Y otras consideraciones psicoanalíticas sobre las mujeres)

Graciela Musachi

Leemos en una "Declaración de derechos de las chicas": "Las chicas tienen el derecho de aceptar el cuerpo con el que nacieron y de no sentirse presionadas a comprometer su salud para satisfacer los dictados de una imagen física "ideal". Encontramos esta Declaración en Internet junto a innumerables "páginas" dedicadas a explicar lo que es la anorexia, la bulimia y el "*compulsive eating*". También encontramos consejos para llevar a la práctica los derechos promovidos en esa sorprendente Declaración: se trata de ser fuerte, astuta y corajuda (*strong, smart and bold*) para, por ejemplo, saber ser crítica frente a los ideales promovidos por los medios de comunicación. No faltan las sugerencias para que estas chicas cambien este mundo (sostener el trabajo de las campañas feministas, etc.).

Si seguimos buscando, y los que se someten a este viaje sin fin saben cuán arrebataador puede ser, encontraremos en esas mismas direcciones el mismo tipo de estructura (definición del síntoma, consejos, lucha de ciudadana) para tratar la cuestión de la mujer golpeada, el "abuso" sexual infantil, la depresión femenina, etc.

Constatamos que estas páginas pertenecen a diversos modos de agrupamiento de mujeres feministas que sostienen un tipo particular de feminismo y promueven la difusión de los llamados "nuevos" síntomas sociales así como exaltan "nuevos" ideales para las mujeres y propician su acción política en tanto ciudadanas.

La presencia de este feminismo en nuestra cultura no se reduce a Internet, por supuesto. Su presencia forma ya parte de muchas de nuestras creencias acerca de cómo son las cosas entre el

hombre y la mujer y "entre mujeres solas" (según reza el relato inquietante de Vasco Pratolini).

Has recorrido un largo camino, muchacha...

Desde 1791, en que Olimpia de Gouges (inspirada en la "Declaración de los Derechos del Hombre") redactó la "Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana", y 1792, cuando Mary Wollstonecraft (madre de Mary Shelley -progenitora de *Frankenstein*, ¡por supuesto!) escribió "La vindicación de los derechos de la mujer", las luchas políticas y sociales de las mujeres para situarse de otro modo en el mundo, no han cesado.

Sin embargo, esas luchas feministas han sufrido transformaciones notables, tantas como sus convicciones e interrogantes acerca de qué es ser mujer; estas transformaciones son las que nos han obligado -más arriba- a precisar que es un cierto tipo de discurso feminista el que se ofrece hoy como un saber sobre los "nuevos" síntomas sociales. Hoy hay mil feminismos.

En un primer tiempo, las feministas funcionaron al modo de *una corporación contestataria* que, a principios de siglo, acuñaba slogans como "¡Tuyo es tu cuerpo!" (sus resonancias llegan hasta la Declaración de nuestro comienzo); ese slogan, por más vulgarización que sea de un "adagio del liberalismo", no deja de mostrar -lo hace notar Lacan- "la ignorancia en la cual es mantenido ese cuerpo por el sujeto de la ciencia" con la consecuencia del "derecho" de "hacerlo pedazos para el intercambio" literalizando la función del objeto. No necesitamos referirnos a

los resabios de este "derecho" en casos como los de Orlande, del que nos ocuparemos en otra ocasión, sino recordar cómo, a nivel del movimiento político y social, este feminismo corporativo producía efectos intimidatorios en la otra rama de discursos: basta mencionar a las feministas españolas de los 70 (ya que en nuestro país no las hubo de ese estilo, si es que las hubo de alguno, pero, éste es otro asunto) levantando a su paso el fantasma que hoy bien puede llamarse "de Lorena Bobbit".

Se quería la igualdad de derechos en un mundo donde "la mujer es proletaria del proletario. Hasta el más oprimido de los hombres quiere oprimir a otro ser: su mujer", como lapidó en el siglo pasado la gran figura del feminismo utópico Flora Tristan. Esta igualdad reclamada llegó en los 70 al campo sexual y tomó la forma inquietante del fantasma castrador de Lorena. Pero, indudablemente, los resultados de las luchas políticas y sociales de este período hoy forman parte de algo considerado "natural": el voto femenino, la contracepción, las políticas de remuneraciones igualitarias, independencia económica, etc.

Bajo el modo de la *reivindicación*, ¡estas mujeres creían saber lo que quería tener una mujer del Siglo XIX y de mediados del XX!. Después de casi dos siglos de feminismo, a fines de los 80, el radicalismo se transformó en una posición política de *negociación*, y el corporativismo en *disgregación*; así, nos encontramos con que los feminismos de nuestros días ya no acuerdan acerca de lo que quiere una mujer de fines del Siglo XX pues -y este es su desgarramiento- ¡no se ponen de acuerdo acerca de lo que es *ser* mujer!. Es el actual límite de su política.

Frente a este dilema de autodefinición, según Linda Alcoff, hay dos modos de responder, en el interior de los mil feminismos: el *culturalismo* (una mujer es el espejo de lo que piensa la sociedad acerca de lo que es una mujer y por ello "reprime" su feminidad "original" -¿biológica?) y el *rechazo de la definición* (que mantiene el interrogante abierto como un modo de mantener lo político siempre en debate y las diferencias en lugar de la identidad; una de ellas dice: "Como feministas todas nos preocupamos por las mujeres aunque no sabemos qué son. Y lo que nos vincula a todas es el hecho de que no sabemos.>").

Demás está decir que es el feminismo que cree saber lo que es una mujer el que propone nuevos ideales para las chicas, el que cree que esos nuevos ideales podrán curar las supuestas nuevas formas del síntoma. Esta postura no es "inocente". Dado que "lo personal es político" (como rezaba un slogan feminista de los 60), estas cuestiones se alojan hoy en el interior del debate más amplio de la ética política y es por

eso que las vemos tomar posiciones respecto de las éticas contextualistas (de los comunitaristas) o universalistas (de los liberales) las que, a su turno, se debaten con la polaridad universal-particular sin demasiado éxito.

Las mujeres de Freud

Nuestro subtítulo es un hallazgo de John Forrester para referirse (también) a las feministas, ya que el contexto ibseniano del surgimiento del psicoanálisis como respuesta nueva a la demanda femenina no dejó de alojarlas tanto entonces como ahora en que ese contexto ya no es ibseniano. Es completamente lógico que eso suceda si se toma en cuenta que el núcleo del feminismo es tratar de dar una solución a lo que Germán García llama el "quiasma histórico" en el cual se ubica el impasse en la definición de la mujer: feminidad/maternidad. El liberalismo, nos dicen ellas ahora, ha realizado una operación de exclusión/inclusión con las mujeres al separar lo privado de lo público: ellas tienen los mismos derechos que los hombres pero, al ser definidas como madres, se las excluye de la ciudadanía. Pero, ¿qué es una mujer, entonces?

Forrester verifica que el auge y declinación de los primeros debates del psicoanálisis sobre la feminidad y la diferencia sexual (1920-1930) coincidieron con ritmos de expansión y declinación del feminismo. Lo mismo sucede con el segundo gran debate (1960-70) que fue una respuesta a la "violenta y masiva embestida feminista a las ideas de Freud". Según Antoinette Fouqué (la analizante de Lacan, presidente del Movimiento de Liberación Femenina -MLF- en 1968, fundadora del movimiento "feminista" Política y Psicoanálisis y actual diputada del Parlamento Europeo) el seminario *Encore*, jamás hubiera tomado la forma que tomó si no hubiera debido dar una respuesta al MLF acerca de lo que quiere una mujer.

En los 80, las críticas a Freud provenientes del feminismo americano respecto de su abandono de la teoría del trauma sexual en favor de la teoría del fantasma sustentó una política respecto de un síntoma social: "la violencia contra la mujer". Se acusaba al psicoanálisis, además, de sostener que "todas las mujeres quieren ser violadas" (Susan Brownmiller). ¿Estarán llegando los feminismos a su propio límite en los 90? Encontramos algunos síntomas de ello: con el "descubrimiento" del *False Memory Syndrome* (esto es, la constatación de que los recuerdos infantiles de abusos sexuales, violencia, etc., no son confiables) se divide -una vez más- el feminismo y se vuelve a poner sobre el tapete la teoría freudiana del fantasma; la "deprimente" sensación (así se expresa el comentarista del libro *A mother's place*¹), de que se ha cerrado un

círculo: si en los 20 y los 70 se afirmaba que las madres también podían trabajar siendo madres, en los 90 se concluye que las mujeres que trabajan ¡también pueden ser madres!; los fenómenos de segregación producidos en el interior del feminismo por la discusión de los "derechos de la mujer", etc. Sea como sea, Elizabeth Grosz, como feminista, admite que han sido "todas" hijas seducidas (cumplidoras o desafiadas) por el psicoanálisis. Hemos mencionado antes que el discurso común en lo que respecta a lo que significa una mujer en nuestros días está marcado por un feminismo de la *identidad de género*, un concepto tomado de Robert Stoller que se reconoce en un psicoanálisis de las relaciones de objeto cuyo predominio en los USA es ya proverbial.

Sin embargo, la impronta de Jacques Derrida en el feminismo americano post-estructuralista es creciente y se conjuga con las corrientes narratológicas del psicoanálisis (se ha señalado ya cierto encuentro entre la deconstrucción y el pragmatismo en esta vertiente del psicoanálisis americano). Se nombra como feminismo *de la diferencia* para oponerse al esencialismo biológico que esconde el concepto de género: es una política de indecidibilidad respecto de la identidad de género que se asienta en una perspectiva de parodia encarnada por el travesti; con el concepto de *pantalla* más allá de la cual se aloja la mirada en el campo del Otro, Lacan había situado el lugar de estructura del travesti mostrando la causa de su prevalencia "en la supuesta atracción de un sexo por el otro". Notemos, al pasar, cuán cercana está la idea de parodia de la función del objeto

En Europa, la tradición del psicoanálisis "freudolaciano" impera: tanto las feministas formadas en las escuelas de J. Mitchell, Kristeva, Irigaray² y la misma Antoinette Fouque, como las muy reconocidas feministas italianas (por ejemplo, las que responden a Luisa Muraro u otras) que se reconocen en un feminismo *de la diferencia*, en las antípodas del americano. Estas feministas han encontrado en Lacan a un crítico del *cogito* que rompe con el fantasma occidental de dominio o con su idea de la mujer como espejo de la sociedad; han encontrado también una respuesta al sustancialismo idealizante americano en la teoría de la sexuación como identificación y, la preeminencia acordada al Otro, les ha permitido entender al sujeto en otros términos que patriarcales (añotemos también que el término sujeto que campea en los feminismos sucumbe unas veces y parece a punto de sucumbir otras, al individuo).

Empero, sorprende que tantos años de lucha retorne, tanto a las unas como a las otras, al seno materno, lugar donde la mayoría de las nombradas confía en encontrar el fundamento y

la singularidad de su ser de mujer; basta nombrar como signo inequívoco de esta pendiente, el hoy clásico de Luisa Muraro: *El orden simbólico de la madre*³.

"El psicoanálisis en su referencia a la relación sexual"

Como para dar la razón a Jacques Lacan, quien afirmaba que el deseo es cosa mercantil (que se cotiza en el mercado y que se hace subir y bajar culturalmente), los más afinados han advertido que lo que los conservadores llaman el "feminazismo", o el maximalismo feminista, es un modo de ponerle precio al deseo del Otro. Pascal Bruckner, por caso, señala que, a medida que los semblantes de hombres y mujeres se equiparan, el efecto es "envenenar" las relaciones entre los sexos en un "estado de beligerancia contractual" que pone al sexo bajo vigilancia. Sabemos a los extremos a los que se llega con esto en el país donde ese feminismo se expande: se trata, en uno de sus ejemplos, de que cada paso que da el hombre en el acercamiento sexual sea consentido por su *partenaire* femenina, de lo contrario: ¡violación!. Lo que comenzó con las leyes sobre el acoso sexual (que ya están entre nosotros) culmina en esta institución del Otro de la ley en el borde de la cama

Pero, dice Bruckner, como el esclavo que es incitado por su amo a desear su servidumbre, el feminazismo causa el deseo que rechaza al sexualizar cualquier signo del Otro. ¿*Kama Sutra* post-moderno o mascarada femenina de fin de siglo, como profetizaba Lacan?. ¿Amor cortés del contexto no ibsebiano o modo colectivo de tratamiento de la angustia ante el deseo del Otro? (que en otras coordenadas teóricas, Lacan llame "estrage" al efecto del encuentro con *tal* hombre va en la misma dirección de su afirmación en "La angustia" de que una mujer se tranquiliza cuando ve que su hombre "lo hace" como todo el mundo).

"El psicoanálisis en su referencia a la relación sexual" es -se recordará- el "título absolutamente descabellado para una conferencia a los milaneses", según relata Lacan en *Encore*. En este momento del seminario entra en escena "una dama del MLF" enfurecida por su axioma de la inexistencia de la relación sexual ya que de él Lacan desprende que *no hay damas*; al parecer, ella escuchó lo que seguía: no hay damas pero la relación sexual puede aclararse por el *lado* de las damas. (Recordar la tontería de creerse hombre o mujer cuando ese "creerse" es sólo efecto de significante, como desarrolla en forma impecable J.-C. Milner en "Teoría de la tontería". Agreguemos también a este respecto el matiz que anticipaba Lacan, de la "naturalidad" con la que la homosexualidad femenina proclama su calidad de hombres y el "estilo de delirio del transexua-

lista masculino" para nombrar otros modos de la tontería que muestran igualmente los goces que se privilegian).

El *lado* de las damas, el no-todo con su algo más (un goce más allá del falo) "daría verdadera consistencia al MLF". Es una ironía, sin dudas, ya que no hay damas aunque se trate del MLF; por otra parte, el *Más allá del falo*, según sugiere Lacan, está por escribirse y *Encore* (uno de cuyos sentidos, es el Otro goce en su infinitud, aclara Lacan) no es un escrito.

Será necesario que ubiquemos, por lo tanto, estos efectos en el interior de los feminismos: por un lado, cierto retorno generalizado al seno materno (en su reflexión teórica) cuando, en la relación sexual, ella entra como madre y no como mujer; por otro lado, esta institución del Otro de la ley para amenizar la relación sexual allí donde no existe; por último, un énfasis, promovido por la deconstrucción, de políticas de falta de identidad que podrían conducir tarde o temprano a interrogarse por su propia consistencia

¿Misticismo y feminismo son nombres epocales para tratar el exilio? Es una hipótesis que marca el horizonte de nuestra actual investigación⁴.

Saber del feminismo

El feminismo ha llegado a saber algo acerca de las mujeres en el desgarramiento que padece y las feministas, en su propio esfuerzo de definición, también; la misma falta de respuesta con la que se encontró el mismísimo Freud hace más de cincuenta años al pretender responder a la pregunta acerca del deseo y el goce femeninos con parámetros universales. Las feministas han experimentado que cada vez que definían a la mujer, aparecían algunas de ellas para impugnar la definición porque no estaban comprendidas allí; por lo tanto, han sabido que una definición, al

pretenderse universal, segrega siempre a tales o a cuales

¿Cómo se las arreglan pues -algunas feministas- para, aún así, llamarse mujeres? Ya lo hemos visto: porque todas (nos dicen) no saben qué es ser mujer: sea como sea, necesitan el "todas" en algún lugar, dado que pretenden que los resultados de sus reflexiones tengan consecuencias a nivel de las políticas del Estado (derechos civiles, económicos, laborales, etc.), a nivel cultural e, incluso, a nivel personal⁵. Esta lucha ha sido y es, por supuesto, legítima en el nivel comunitario en el que se sostiene y en la búsqueda de identificaciones que da sustento a sus debates

"Y, sin embargo, en el psicoanálisis hay una presencia que se suelda con la teoría: es la presencia del sexo como tal, entiéndase en el sentido en que el ser hablante lo presenta como femenino."⁶ J.-A. Miller ha planteado recientemente que ser lacaniano hoy es ubicar el real propio del psicoanálisis en el goce del síntoma y que "como tal este advenimiento del síntoma toma su punto de partida en el macho"⁷: es lo que Lacan llama la *felicidad* (el goce a-sexuado). También ha sido Miller quien con su lectura recortaba en *Televisión* el *exilio* (el goce sexual, femenino, al que "el sujeto, hombre o mujer, está confrontado (...) como radicalmente Otro"⁸).

¿Qué saben los mil feminismos de este *radicalmente Otro*? Hay algunas respuestas; es posible entrever, dentro de los límites que nuestra investigación actual nos impone, que esas respuestas están marcadas por la impronta de una lectura políticamente correcta de Jacques Lacan, en algunos casos y, en otros, ya sea por una ausencia o por una reducción de este real a la dimensión de semblante de la mujer.

Quizás, como cierta Universidad de mujeres de cierto país nórdico, quepa esperar todavía un saber de ellas que diga el goce que no hace falta⁹.

¹ Debo esta referencia a Jorge Baños Orellana.

² Dada la amplitud de este imperio, leemos en detalle, en otro trabajo, el modo en que Luce Irigaray, Juliette Mitchell y Julia Kristeva leen, a su vez, a Lacan. Una lectura feminista de esta lectura en *Jacques Lacan. A feminist introduction* de Elizabeth Grosz.

³ Dejamos aparte de este efecto a feministas que se declaran decididas lacanianas (por ejemplo, Natividad Coral) y que merecerán un trabajo posterior.

⁴ En el módulo de investigación del Centro Descartes "Los feminismos y el psicoanálisis. ¿Por qué los analistas lacanianos tienen horror del feminismo?", iniciado en 1996. Bajo el título "Psicoanálisis y la comedia del género", dictaré un curso en el Centro Descartes, de cuatro clases, en setiembre de este año, que continuará esta investigación.

⁵ El movimiento de mujeres Sottosopra, por ejemplo.

⁶ Jacques Lacan, "Discurso de clausura de las Jornadas sobre las psicosis en el niño", *El Analicón* 3 (1987).

⁷ Debemos mencionar que, lamentablemente, no contamos con la totalidad de este curso ("*Le partenaire-symptôme*", París, inédito (1997-98)) en el momento de escribir este trabajo.

⁸ Eric Laurent, "La lucha del psicoanálisis contra la depresión y el tedio", *Etiem* 3 (1998).

⁹ *Time* anuncia, empero, un (nuevo) "*Declin of Feminism*", en su edición del 29 de junio de 1998.